

*Homilía de D. Francisco José López Sáez,
en el 9º aniversario del fallecimiento de la
Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús
03 - 08 - 2013*

Queridos hermanos y compañeros Sacerdotes, querida Comunidad de Monjas Concepcionistas y queridos todos:

He aceptado agradecido la oportunidad de celebrar como Presidente la Eucaristía y pronunciar la homilía en este noveno aniversario de la muerte de la Madre Mercedes, aunque también con cierto temor y respeto porque sé que hay también, entre mis compañeros, quienes están más preparados que yo para hacerlo. Pero comencemos dejándonos iluminar por la Palabra de Dios que hemos escuchado, porque la Palabra de Dios ilumina siempre la vida.

El libro del Eclesiastés fue meditado y comentado por toda la tradición patristica y monástica a lo largo de la historia como un libro que nos plantea la cuestión fundamental, el valor y el peso de la vida. ¿Qué saca el hombre de todos los trabajos y preocupaciones que lo fatigan bajo el sol? O sea, ¿dónde van las ilusiones de nuestra vida? ¿Quién es el ser humano? Cada uno de nosotros, frágil como la hierba e inestable como la arena y, sin embargo teniendo en su corazón el anhelo de vivir y la pretensión de una felicidad infinita. El autor con gran lucidez ve la vida apoyada sobre un fondo gris, traspasada por una palabra que parece constituir su última verdad: la vanidad. “Vanidad de vanidades”, todo al final es vanidad. Y es cierto. Pasan los años de la juventud, pasan las fuerzas de las ilusiones primeras y no hay en la vida nada que resista a esa ley de la vanidad y del paso inexorable del tiempo. ¿Qué es lo que permanece en la vida? Y sin embargo esta verdad de la vida le lleva al orante en el salmo a formular una petición, que no hemos cantado, pero que dice en un estribillo, algo que también puede ser considerado como el resumen de la finalidad de la vida monástica: “Enséñanos a calcular nuestros años para que adquiramos un corazón sensato”.

Esto sí que permanece, el corazón sensato que busca en el largo recorrido de los años y los días la bondad del Señor. Lo único que merece la pena en la vida es perseguir la bondad del Señor. Sólo en ella se vuelven prósperas las obras de nuestras manos.

El Evangelio deja escuchar y percibir la luz más directa sobre el valor de la vida, frente a la existencia encerrada en el horizonte de este mundo, cuya única preocupación es la buena vida, “date buena vida”, el ideal de vivir sólo en el horizonte de este mundo. Frente a esto irrumpe desde arriba, como dice Jesús, la llamada de Dios: “Esta noche te van a exigir la vida”. Frente a la vanidad de los días sin sentido ni esperanza, la vida ante Dios, tejida por la bondad del Señor, amasando la riqueza que nunca perece, la riqueza ante Dios. Lo dice el apóstol: “Habéis resucitado con Cristo, habéis muerto y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios; por tanto, buscad los bienes de allá arriba. Despojaos del hombre viejo y revestíos del hombre nuevo”.

Queridos hermanos, la vida y la obra de Madre Mercedes encarnan de manera preciosa la respuesta a la Palabra del Evangelio sobre el sentido de la vida. Ella, en su propia persona,

podemos decir que ha acumulado enormes tesoros, incluso que ella misma se ha convertido en un gran tesoro. No el tesoro de éxitos en la vida, sino de esa auténtica riqueza ante los ojos de Dios. En ella tenemos la solidez de lo que no pasa, un ejemplo de aquello que permanece y, como es normal en toda vida lograda, la riqueza le desborda y enriquece a raudales la vida de la Iglesia

La vida de Madre Mercedes es capaz de dar luz, sabor y sentido a la existencia de sus hermanos, los hombres, que peregrinan en este mundo y en este momento de nuestra sociedad y de nuestra historia. La enorme riqueza interior de la Madre Mercedes ha pasado a ser, y yo creo que éste es uno de los primeros milagros: riqueza de la Iglesia entera. Sorprendentemente de un modo maravilloso, la Iglesia está evaluando oficialmente el tesoro de santidad de esta mujer que supo tejer la vida ordinaria con las perlas y el oro del amor cristiano.

Gracias al esfuerzo continuado de la comunidad, de tantas personas y de los Sacerdotes, en Roma hace poco que ya se mandaron todos los primeros documentos para el Proceso de la Beatificación de la Sierva de Dios Madre Mercedes. Ahora que su vida está escondida en Dios da fruto también en la comunión de los santos; y empezamos a maravillarnos y a agradecer.

Quiero sólo resaltar o coger con la mano algunos de esos tesoros que son, para todos nosotros, en la comunión de los santos, para los Sacerdotes, para las monjas y para los seglares, para la Iglesia diocesana y para nuestro mundo tan anhelante de sentido y de luz. Comenzaré comentando simplemente algunos rasgos o tesoros de la vida personal de la Madre Mercedes para terminar después con algunos rasgos de su figura objetiva, lo que representa su persona para nuestra iglesia de hoy.

Bien, podíamos resaltar este rasgo de la vida de Madre Mercedes y es la **profunda luminosidad**. Sorprende siempre cómo una mujer sin más estudios que la educación primaria ha podido llegar a una profunda comprensión de los misterios de la fe cristiana, tan grande y tan transparente, aun en medio de tantos trabajos, dificultades y enfermedades. Se ve en su figura una existencia en la gracia que se ha dejado invadir y mover por los dones del Espíritu Santo, entre los que destaca la sabiduría o integridad de una caridad vivida con gran alegría. Es la alegría de quien ha encontrado el paraíso. La impresión de quien pudo conocer a Madre Mercedes, o la sigue conociendo leyendo sus escritos es la impresión de una gran luminosidad. Ella está poseída internamente por una idea que brota de la experiencia personal, de una experiencia hondamente espiritual y además los rasgos de claridad, de maestría interna, de lucidez en la visión de aquello que ha engendrado en ella la Palabra divina, nos muestran un alma limpia, cristalina, sin rudezas ni oscuridades, profunda conocedora del alma humana, comprensiva con todas las personas y exigente al mismo tiempo consigo misma. Rasgos que hacen muy atractiva la personalidad de la Madre Mercedes. Ella vivió siempre en un espíritu de libertad, no exigiendo a los demás, sino exigiéndose siempre a sí misma.

Esta vida, llena de luminosidad y de integridad, una integridad mariana fue en segundo lugar una vida que yo definiría, perdonarme el juego de palabras, como una **fidelidad que se convierte en felicidad**. La felicidad de una mujer profundamente enamorada, la prontitud en esa fidelidad a la gracia en una persona que quedó marianizada por la respuesta generosa a la Palabra divina, el rasgo de la alegría aun en medio de graves dificultades externas e internas. Madre Mercedes no dejó pasar ninguna ocasión para mostrar la felicidad profunda que la embargaba después de sus penosos años de purificación e infundir en todos ese mensaje de felicidad. El sentido de paz, de no violencia, de armonía paradisiaca reencontrada que quiso

plasmarse en la orientación de su obra monástica, brotan como de una fuente luminosa de su propia persona. Un norte la guiaba: la búsqueda de la estabilidad, aquello que permanece del flujo inestable del tiempo y aquello que permanece es la estabilidad del mismo Dios. Figura, entonces, de belleza, de luminosidad que son frutos de la gracia divina, la belleza de la santidad de Dios a la que estaba orientada toda su vida.

Finalmente esta mujer que vivió en fidelidad, lo fue a una misión eclesial. Una misión conciliar, discernida durante largos años en la oración y en el contraste con todos los directores espirituales y siempre bajo la guía de la Iglesia. Una misión vivida con perseverancia y desapego de sí misma, en una confianza plena, podemos decir, en los planes de las manos de Dios. No quiso luchar contra nadie, ni rebelarse contra la historia, sino una palabra que podríamos denominar así: reverdecer. Madre Mercedes quiso volver a hacer verde, volver a hacer joven y nueva aquella fuente del carisma y del amor primero concretado en la pureza del carisma primitivo, del ideal vocacional de su Orden, la Orden de la Concepción.

Querer “volver a las fuentes” no es la ilusión de cómo quisiéramos ser nosotros, sino más bien la respuesta a la visión y al proyecto que tiene Dios de cada uno, cómo nos ve Dios, cómo ve Dios a la Iglesia en su conjunto, cómo ve Dios a las órdenes religiosas, a cada cristiano, a cada familia y a cada criatura. Hace falta verdaderamente una gran transparencia y un espíritu de infancia para atreverse a contemplar esta mirada divina sobre las personas y las instituciones y también un gran vigor evangélico para, tras un hondo discernimiento, atreverse a encarnar en el mundo y en la historia de la Iglesia el ideal recibido. De nuevo un rasgo mariano de la Virgen María, ella es la que lleva a cabo la Encarnación tejiendo maternalmente la novedad de la nueva criatura.

¿Cuál es el objetivo que ella persiguió, cuál es el norte y la orientación de su vida? El carisma que Madre Mercedes representa ante la Iglesia, es sencillamente el carisma de Santa Beatriz. Ella habla siempre de espiritualidad concepcionista como un retorno a la santidad primera con la que Dios Padre había creado al hombre, tal como se refleja en la persona sin pecado de María Inmaculada. La “vuelta a las fuentes” que requería el Concilio Vaticano II, que conllevará todo un trabajo de reformulación de los objetivos y del corazón de la Orden de la Inmaculada estaba acompañada de otra vuelta a las fuentes de carácter evangélico en una gran radicalidad, es la vuelta a las fuentes del paraíso, el retorno a la vida de armonía, paz del hombre con Dios y sus semejantes ante la primera mirada de Dios Padre.

Este objetivo lleno de alegría y de actualidad resume todo el mensaje y la obra de Madre Mercedes. Carisma muy actual y es lo que la Iglesia tiene que juzgar y por eso nosotros tenemos que rezar para acompañar con nuestra plegaria este hermoso discernimiento eclesial, que es el discernimiento de un tesoro recibido.

Ella sabía ver profundamente cómo en el mundo que vivimos hemos perdido el sentido de la paternidad y el sentido de Dios Padre, por eso no dejará de invitar a la simplicidad del amor originario de Dios, ser co-creadores con Dios, responsables de la vida, la vuelta a la santidad como retorno a Dios Padre. Sabía ver la crisis de la afectividad contemporánea del corazón humano como un elemento del alejamiento de Dios, y por eso este carisma propuesto se centra en la limpieza de la afectividad y la curación del corazón humano. El Monasterio tiene que ser un lugar en el que se ejercite el discernimiento, es decir, la paternidad o la maternidad espirituales especialmente de las generaciones más jóvenes. Supo ver también la cuestión del puesto de la mujer en el mundo y en la Iglesia de hoy, y por eso Madre Mercedes presenta una figura fuerte de feminidad. Mujer fuerte, transfigurada en la santidad. La mujer

que llega a cooperar con el Padre en el origen mismo de la vida natural y sobrenatural, uniéndose a su principio santo por la ascesis de la espiritualidad concepcionista, es decir, de la vida mariana. Sabe ver, en definitiva, la centralidad de la Virgen María, Corazón de la Iglesia y Corazón del mundo nuevo.

Recibamos también nosotros este inmenso regalo y el tesoro que Madre Mercedes constituye para la Iglesia no sólo en sus escritos y en sus obras, sino todo en su propia persona. Toca ahora en el Proceso esperar un milagro. Existen milagros extraordinarios que seguramente si está en los designios de Dios, Él realizará por mediación y por intercesión de la Madre Mercedes. Pero yo creo que hoy tendríamos que pedirle esos milagros que son los milagros ordinarios. El milagro del aumento de vocaciones en la Iglesia a la vida contemplativa, a la vida sacerdotal y a un cristianismo seglar vivido en hondura de fe y de amor al Evangelio. El verdadero milagro sería que en todos nosotros creciera la vida cristiana de tal manera que supiéramos qué es aquello que permanece porque lo único que merece la pena ser vivido para siempre es el amor cristiano. Que ella nos ayude.

D. Francisco José López Sáez

Doctor en teología de la Iglesia de Oriente por el Pontificio Instituto Oriental de Roma,
Profesor de teología espiritual en la Pontificia Universidad de Comillas
y en el Seminario Diocesano de Ciudad Real.